

GUSTAVO DONOSO

EL GABAN COLOR DE GUINDA

(Ensayo de relato introspectivo)

IMAGINEN ustedes un hombre con un gabán color de guinda.

Es un hombre ridículo, ciertamente. Pero yo debo confesar que siento por este hombre del gabán color de guinda una cierta admiración, lo que no me impide compadecerlo y, a veces, llegar al extremo de odiarlo. Sería capaz de matarlo entonces, si no me detuviera, con toda su fuerza, un cariño entrañable. Cariño del que con frecuencia me arrepiento, pero por sobre todas las cosas muy humano y natural, porque este pobre, este triste hombre del gabán color de guinda que, cuando más seguro estoy de conocerle, me sorprende con algo que no esperaba de él, soy yo mismo.

Soy yo mismo.

Así podría decir, y marcharme tranquilo, pero me hiere la complicada inexactitud de esta sencilla afirmación. El asunto es muy serio y no me tranquiliza una afirmación tan superficial. Aún más, se me abre como un abanico y nuevas preguntas se hacen presentes. ¿Quién soy yo?, ¿qué soy yo?, ¿cómo soy yo?, ¿cuántos soy yo? Y cada interrogación me clava su garfio en la carne viva.

Hoy tengo tiempo y en un intento de buscar una salida, empezaría a contar algo acerca de mi gabán color de guinda. Podría hablar del viejo tío de quien lo heredé y urdir tal vez una historia entretenida con ello, pero la verdad es que sería demasiado fácil y, por añadidura, demasiado inexacto. En rigor mi gabán carece de historia propia: su extremada fidelidad frente a la traición del resto de mi indumentaria, y todas sus

demás cualidades, tienen demasiado que ver con mi pobreza crónica para pretender escribir su historia aparte. Por eso mismo sería una deslealtad desprenderme del gabán color de guinda para hablar de mí únicamente. Sería falso además, porque de tanto apegarme a él en los inviernos, de tanto soportarlo en los veranos, ha pasado a serme una especie de sobrepel, y temo que de su color se hayan teñido aún mis actitudes más conscientes. Será preciso no hablar de mí mismo, aparte, ni del gabán color guinda, aislado, sino del-hombre-del-gabán-color-de-guinda. No será, ya lo veo, sino un hablar fragmentario, confuso, y acaso un tanto contradictorio, pero ¿qué diablos! ser sincero nunca ha sido fácil ni cómodo.

Para empezar de alguna manera, acerquémonos al hombre del gabán color de guinda en un instante cualquiera de su vida. Ahora está detenido en la esquina; fuma; mira las casas, mira las cosas, mira las gentes, mira sobre todo las mujeres; mira sobre todo los pechos de las mujeres; piensa; piensa en muchas cosas, atropelladamente, infinitamente, lejos de todo, solicitado por miles de voces, cuando un fuerte golpe en la espalda lo viene a sacar de su ensimismamiento:

—¡Hombre, por favor, ayúdame, escóndeme! ¡Una mujer me viene siguiendo!

¡Estúpido! Lo había conocido en el colegio: flojo, juguetero, incapaz de hacer algo que requiriese generosidad, coraje o inteligencia; fuera del deporte, del famoso deporte, o de la historia deplorable de sus admirables conquistas amorosas, no podía conversar de otra cosa, sólo eso lograba interesarle, tenía suerte, tenía tantas aventuras.

¡Estúpido! volvió a decir, pero ya esta vez no sin un dejo de envidia.

El había sido en el colegio lo que se llama un buen alumno, no el mejor: nunca se había dejado seducir, sino a medias por el vientecito ingenuamente respetable, ingenuamente honorífico, ingenuamente pedantesco, que sopla a la altura de los primeros lugares. Carecía de aventuras y de talento para atribuírselas. Había fracasado en oportunidades repetidas. Más aún, no se acomodaba a la vida... con frecuencia actuaba en

forma para sí mismo incomprensible, pero no es que fuera un amargado, en el fondo y, a su manera, amaba la vida.

Echó a andar, calmadamente, con las manos en los bolsillos, encorvado, mirando al suelo, como si sobre sus hombros cargara el peso del mundo. Cuando vino a levantar la vista, todo se había tornado oscuro, había niebla, un halo de bruma circundaba las luces de los faroles. Al verlos así, beatificados, se le iluminaron como un símbolo: así era él, como un farol, solitario y con una luz. Una niebla igual, o más incierta aún, lo cercaba con un amarillo círculo de preguntas, de inquietudes, de temores, de dudas. Y luego lo de ¿para qué preguntarse?, ¿para qué inquietarse, temer, dudar?

¡Quizá! Todo era inútil, sin duda, pero estas preguntas, estas comezones interiores, formaban parte de su propia vida; apartarlas, no luchar con ellas, dejarse invadir por sus gusanos, era abandonarse a una muerte estéril, anónima, decididamente mortal.

Sin darse cuenta, añadiendo un paso a otro, fue a dar en una calle concurrida. Frente a un bar se detuvo, dudó un instante; mas luego penetró con decisión, con exagerada decisión, tal vez. Penetró en el bar, ambiente anterior a la separación de la luz y las tinieblas: había humo en abundancia, un olor estrecho, como a jaula de oso, y gran despliegue de ruidos cavernarios emitidos desde un imponente radiofonógrafo. El vino parecía haber echado allí raíces: todo parecía hijo del vino, las caras, las risas, los movimientos, los ruidos, incluso las mesas, las paredes, las luces; del suelo brotaba un vaho de vino viejo y sucio. Lugar indecente y desagradable que por alguna oscura razón, acaso alguna secreta afinidad, le parecía el más apropiado.

Al fondo estaba la única mesa disponible, precisamente la más cercana al radiofonógrafo y la más próxima a un gran espejo. Un gran espejo que lo reflejaba todo, con toda tranquilidad, y más aún, le agregaba un marco, un marco respetable. Se sentó, se acomodó en la mesa y automáticamente pasó a ocupar el primer plano en el cuadro que hacía el espejo, las demás figuras se batían desdibujadas en la bruma. No rehuyó su propia mirada que desde allí parecía controlarlo, burlarse

de él, registrar minuciosamente cada uno de sus movimientos, antes bien, trató de ser él mismo su propio espectador. Sentía la necesidad de completar con una visión interna la superficial labor del espejo.

Antiguas reflexiones fueron afluyendo con lentitud: “Es fácil llamar vanidosa a la persona que se mira con cierta prolijidad al espejo, pero la mayoría (¡la Gran Mayoría!) ignora la difícil lucha, el pesado ejercicio de mantener día y noche esta despierta actitud de mirarse de cuerpo entero, de alma entera, en la luna del espejo. Dígase lo que se quiera, necesitamos un buen porcentaje de buena valentía para mirarnos, vernos, y no quebrar de dos patadas el espejo. Mirar cara a cara nuestros defectos, ellos que merecen más atención y acaso un cultivo tan esmerado como aquellos que conocemos tan bien y sólo de un modo incierto nos pertenece: nuestras estimadas cualidades. Ellos son nuestros en verdad, forman un valioso tesoro, nos expresan con más plenitud, dicen claramente lo que somos. Y lo que no somos...”

Mientras daba forma en su mente a estas reflexiones, a estos esfuerzos de autenticidad, vino a interrumpirle y como a dar una réplica, un mozo apenas visible tras lo relamido y ceremonioso de sus modales, como de sacristán mayor de catedral de provincia.

El hombre del gabán color de guinda, conteniendo una invencible repugnancia, lo miró con fijeza unos instantes —el mozo aguardaba con una sonrisa angelical— y luego le dijo, deteniéndose después de cada palabra, como para observar el efecto de cada una de ellas en el blando rostro del siervo medieval:

—Quiero. Un. Licor. Verde. De color verde. Para beber.

El mozo sonrió obsequioso, dijo que el señor lo honraba al querer bromear con él. Comenzó a enumerar licores poniendo delicadamente puntos suspensivos después de cada marca. El hombre del gabán color de guinda, irritado, cerró los ojos y, como si el nombrarlas con cuidado fuera suficiente para traer las botellas a la mesa, hizo un gesto amplio para botarlas todas:

—¡Cualquier cosa que sea verde, imbécil!

Como alguien que escucha por fin su nombre, reaccionó el imbécil con prontitud inesperada, enderezó todas las curvas de sus palabras y sus modales, y regresó muy rápido con el extraño pedido, sin añadir nuevos adornos oratorios.

El hombre del gabán color de guinda empezó a beber, con cierta desesperación, de las copas verdes. Degustó el último trago sintiendo cómo extendía el licor verdes ramificaciones por todo su cuerpo. Cómo se adueñaba de su ser interior con lenta seguridad. Ya le llegaba a la raíz de los ojos y miraba con nueva mirada todas las cosas, cuando vio algo, alguien, poco más que una sombra, sentado frente a él, en su mesa. Al principio no le llamó la atención —las cosas extrañas suceden con extraña naturalidad—, más luego volvió a mirar y fue distinguiéndole un gran sombrero rojo, un sobretodo grande, de color verde petróleo, un gran pañuelo amarillo de lunares negros.

¡Muerte!, dijo, y la figura se estremeció, como una cortina al viento. A ratos era una figura completamente clara, a ratos completamente difusa. El hombre del gabán color de guinda empezó a hablar, como descargándose de grandes pesos, en tono casi confidencial, adquiriendo progresivamente una mayor sensación de alivio.

—¡Muerte! la gran amistad de mi vida... Déjame estrechar tu mano dura, fría, tú eres la amiga de verdad. Mírame con tus ojos sin párpados en los que el cristalino brilla desnudo, tú me puedes ver descarnadamente, como soy, ver mi esqueleto, la frágil armazón de mi realidad... Los que creen tener algo en esta vida, dinero, mujeres, amigos, un poco de gloria, sin advertir su triste desnudez, se horrorizan ante la idea de Muerte, como si no vieran que todo lo sincero y claro en la vida no es más que un escarbar en busca de la Muerte. Sin ese color no-eterno que la Muerte confiere a las cosas, toda la vida se tiñe de absurdo. Meticulosamente han tejido leyendas terroríficas, al parecer en contra tuya, pero en realidad en contra de ellos mismos (todas las mentiras son en contra de nosotros mismos). Yo solo, hombre desnudo, desnudo de afectos, desnudo de anhelos, te puedo ofrecer mi lecho con limpia tranquilidad porque te amo, te amo con refinada desesperación de náufrago,

como el último tablón de lo verdadero. No eres cortés, es verdad que tienes ásperos modales, pero me siento tranquilo acogido a tus frías alas negras. Tú sonríes sin enigmas, a pesar de que el gran enigma se abre a tus espaldas. Con la luna verde de tu sonrisa, ríes verdaderamente. Sólo el hombre libre de carne puede reír de verdad. Nuestra risa actual es el más claro anticipo de la Muerte. La Muerte no es sino la risa para siempre... Bebe, amiga. Bebe conmigo. ¡Voy a hacerte un verso! un verso grotesco, blanco, sarcástico, bello, cruel, para que riámos los dos juntos. El verso hablará de tu guadaña, brillando opalina y delgada a la luz de la luna... Si quieres, préstamela, quiero afeitar con ella las barbas al profeta, al profeta repugnante que predica el miedo...

Había terminado hablando fuerte, de vez en cuando golpeaba en la mesa para acentuar sus palabras. Inesperadamente el gran radiofonógrafo cesó de vociferar y todos se sintieron incómodos, sus voces y sus gestos perdían de pronto el equilibrio. Algunos eran, tal vez, sorprendidos en el momento que hacían a gritos una confidencia. El hombre del gabán color de guinda volvió a mirar todo y lo vio todo, se sintió ridículo. Airado, avergonzado, masculló algunas palabras, tiró treinta monedas en la mesa y salió del bar.

Comenzó a andarse lentamente una calle silenciosa.

El aire le parecía suave, suave como para aspirarlo lentamente. Los árboles devolvían a la vereda la noche que le arrebatában los faroles del alumbrado. Las casas ofrecían apacible olor a jardín y más allá, dormían su propio silencio. Los pasos del hombre resonaban como haciendo un hueco en la paz de la noche. De pronto una mujer, venida de quién sabe dónde, añadió sus pasos a los de él. Eran de contrapunto, pequeños golpes, breves como latidos, sugerían, eran casi palabras. Una imagen de mujer —mezcla de poesía y deseo—, empezó a dibujarse en su mente. Una imagen que fue creciendo, creciendo, hasta tomar el tamaño del hombre mismo. No quiso detenerse ni mirar hacia atrás, estaba pleno de esa imagen. De repente los pasos femeninos cesaron —ella ¿regresó al quién-sabe-dónde?—, un rato su ausencia pareció quedar latiendo,

luego también esa oquedad desapareció, y la noche se cerró aún más.

Suspiró el hombre del gabán color de guinda. Tiempo hacía que no suspiraba. Empezó a recordar las mujeres de su vida: la primera, aquella niña buena y blanca, besarla era como besar una flor, como besar una Rosa. Después habían venido otras, todas le habían dejado algo de ellas mismas. Eran pocas, sin embargo. Las había querido a todas, a cada una conforme a las circunstancias, las quería todavía: algo suyo se habían llevado para siempre.

Más allá terminaban los árboles y las luces del alumbrado se adueñaron de su sombra para jugar con ella. Su sombra, adaptándose a las cosas, dócil a la luz, tal vez lo expresara mejor, con su agilidad, que su cuerpo más rígido y pesado. "Mi sombra es triste, está negra de tanto silencio, pero suave, tímida, es una buena compañera... No es bueno que el hombre esté solo, dijo Dios, y por eso, quitándole la primera capa de piel, la que había tocado las cosas el día de la creación, le proporcionó una sombra. Una sombra viene a ser como la piel del alma. ¿Quién podría soportar el peso de la luz sin el apoyo de una sombra, ángel de guarda, dulce compañía? Mi abuela decía la historia de un santo que, no teniendo nada que dar a un mendigo, partió su sombra por la mitad y se la dio para abrigar su soledad. Es la historia más bella que he conocido". Advirtió que bajo el gabán la médula de una vieja ternura le empezaba a remecer el esqueleto, trató de evitarla y, como hundiéndola, empezó a marcar duramente los pasos.

De improviso se encontró en una calle claramente iluminada. Vitrinas de grandes tiendas exhibían cosas de todos colores, gente de todos colores salía de todas partes, vehículos de todos colores se disputaban el paso. Todo daba vueltas en todo sentido y hacía mucho y muy diferentes ruidos. Todo quería sobreponerse a todo.

Tratando en vano de orientarse, se detuvo al borde de la acera, perplejo, como equilibrándose en el límite del mundo. De pronto un bus, grande y bien iluminado, abrió su puerta frente a él, en esa forma subitánea e impersonal propia de las cosas mecánicas. Le pareció una orden. Subió. Era un bus am-

plio, gente hermosa, elegante y segura de sí misma ocupaba todos los asientos. Tenía que irse, pues, de pie. De pie y al medio. Al medio y con su gabán color de guinda. Su gabán color de guinda... , qué extrañados lo mirarían todos, no hacían un gesto, es verdad, se reían tal vez, pero sólo para ellos mismos, por fuera permanecían impasibles. Se rio. Junto a él, sentada, había una monja. Una venerable religiosa de esas que huyen de todo y se esconden detrás de sus vestidos largos. Que hacen el bien en forma industrial y con más amor al orden y a la limpieza que a la humanidad. Tenía bigotes, de seguro, pero le tapaba la cara una toca de grandes alas, muy almidonada y muy blanca. El hombre del gabán color de guinda la miró con cierto repentino cinismo y tuvo una idea que realizó en seguida, como por orden superior e indiscutible: tomar por las alas la blanca toca, prolijamente almidonada y hundírsela hasta el cuello. La monjita gritó a Dios y a los santos, pero fue en vano, no acudieron en su ayuda. Además, en ese momento el bus se detuvo bruscamente, bajó con prisa mucha gente y subió con prisa mucha gente, de modo que los gritos bajo la toca ni siquiera tuvieron eco humano. Nadie le hizo caso.

El hombre del gabán color de guinda muy serio ahora, olvidado casi de lo anterior, buscó el último asiento. Trató de ocupar el sitio del rincón, estaba un tanto cansado. En ese instante, por una partida brusca del vehículo, o tal vez por una insistente torpeza que lo dominaba, tropezó o creyó tropezar con algo, y como consecuencia fue a caer sentado en la falda de una mujer. Una mujer a la que no vio antes, que tal vez apareció para que el hombre del gabán color de guinda tropezara y tuviera fatalmente que sentarse en su falda. Con visible disgusto —él no tenía deseos de ser amable con nadie— tuvo que pedirle disculpas y fingir que lo lamentaba. Aun esto lo hizo de un modo torpe.

Ella le respondió con una sonrisa no esperada: dulce, suave, enormemente medicinal. El hombre del gabán color de guinda sonrió también, al principio con dificultad, luego con progresiva naturalidad: una sonrisa libertadora empezaba a nacerle de muy adentro.

Un tanto confundido advirtió que bajo su mano tenía la mano de la mujer. Ella debía haberla retirado, pero no lo hizo. El se la presionó con tímida ternura. Desconfiaba, pensó que ella tal vez no hubiera advertido el roce, pero nada decía. Algo dijo, referente al tiempo, una observación vaga. El añadió algo, pero tan trunco y vago... ella le tuvo que ayudar a completarlo.

El hombre estaba a punto de hablar, decir montones de palabras, pero habían estado tanto tiempo detenidas en el fondo de él mismo, que pesaban como grandes piedras y removerlas era un esfuerzo enorme. Después de un rato de lucha, decidió bajarse. Al levantarse retuvo la mano de la mujer. Pensaba que ella no lo seguiría, pero de todos modos aparentó seguridad. Ella, a su vez, aparentó creer en esa seguridad y, de todos modos, tal vez un poco en broma, fue tras de él.

Algo había en esa mujer de frágil, de suave, ¿por qué le parecía haberla conocido antes, haberla conocido siempre?

Era como si por fin el mar, la Mar, acogiera a un pequeño río de atormentada trayectoria. Era una mujer, que es como decir todas las mujeres. De brazos de mujer se sale a abrazar la vida, pero nadie se ha ido definitivamente, a ellos regresamos siempre, ya hechos hombres, pero un poco vueltos a ser niños. Tendidos al borde de una mujer divisamos algo, algo queremos religiosamente, algo que nos duele en secreto y nos cerca en forma tenazmente confusa.

Sobre los pechos de la mujer se le escaparon unas lágrimas, retenidas durante las horas y los días de muchos años. Eran lágrimas candentes, doloridas, sangrientas, heroicas, corrosivas... Emergían suavemente, como tibio sudor del alma, como venganza de todas las cosas, como una amarga protesta llena de dulzura. Debían haberle dejado heridas profundas a la mujer. O haberle quedado como huellas de latigazos.

Pero, en definitiva, sólo eran lágrimas.

Es decir, nada más que un poco de agua incolora y salobre.